

4. EL NEOLIBERALISMO Y LA REFORMA DEL ESTADO

El neoliberalismo, además de la modernización económica, busca introducir cambios de carácter estructural institucional. En este sentido, plantea la reforma del Estado como proceso inherente a la transformación de la sociedad.

El momento actual es visto como tránsito de la “esfera pública” hacia la “esfera privada”, y es en este contexto que debe entenderse la reforma estatal del sistema político y del régimen jurídico que se observa en Latinoamérica. Esta situación obliga al Estado a un nuevo protagonismo, a las fuerzas políticas a una redefinición ideológica y a los ciudadanos a la necesidad de enfrentar las nuevas condiciones laborales y económicas definidas por la conformación del nuevo espacio.

La esfera privada se convierte, así, en el espacio de construcción de la sociedad, de la práctica política partidaria y sindical, y el espacio de desenvolvimiento y reproducción del individuo.

Además, el modelo busca calificar a la esfera pública del pasado como algo negativo, portadora de la “falsedad” frente al futuro, esfera de lo privado, que es vista como el espacio de la “verdad”.

Entre la verdad y la falsedad no caben, en esta perspectiva, espacios ni alternativas intermedias, lo que permite al neoliberalismo afirmar la viabilidad del proyecto a nombre del saber y la verdad, y plantear la derrota de los paradigmas asistenciales.

En este sentido, la verdad del futuro es un elemento decisivo para la toma de decisiones, lo que le permite “futurizar” el presente otorgándole una razón de ser, toda vez que para el modelo lo “real” es lo que va ocurrir y no lo que ocurrió. El punto de partida aparece igual para los países, así como para los distintos sectores sociales, pero el punto de llegada es desigual.

En el espacio público la política tenía una significación y era posible reivindicar la diferencia (socialdemocracia, nacionalismo, reformismo, social-cristianismo); en la esfera privada la política carece de sentido, y la diferencia

cabe como reivindicación individual, lo que ayuda a refrendar la jerarquía y el estatus personal.

Por lo mismo, el espacio privado crea las condiciones para el surgimiento del mercado político, *marketing*, que descansa en candidaturas personalizadas definidas como rechazo a la política tradicional. El manejo de la imagen política y de la opinión pública serían los soportes fundamentales de este mercado (Fujimori en Perú, Palito Ortega en Argentina, Rubén Blades en Panamá y Max Fernández en Bolivia).

En otra línea de razonamiento, la nueva relación planteada por el neoliberalismo entre la verdad y la falsedad define hoy a los nuevos adversarios. Aquel que permanece en el pasado es visto como el adversario principal, anclado en la oscuridad, ideologizado e irracional. En cambio, el racional es aquel que se ubica en el futuro, lo que le permite entender los nuevos tiempos y la magnitud del desafío de cambio.

De este modo surge una serie de interrogantes sobre el tránsito hacia la posmodernidad: si ésta es posible con la institucionalidad vigente para hacer viable la modernidad o si, por el contrario, la viabilidad supone una transferencia y reordenamiento estatal de gran alcance.

En este sentido, la reforma estatal no es una simple reconstrucción o renovación de antiguas estructuras y métodos; se trata de la construcción de un nuevo proyecto estatal y la instauración de instituciones renovadoras y depuradoras de sus vicios anteriores, en un nuevo espacio político producto de una nueva relación entre la tecnocracia, las instituciones emergentes y la sociedad civil, los partidos políticos y las organizaciones sociales. Es por ello que en América Latina el Estado tiene la tendencia a replegarse sobre sí mismo, abandonando buena parte de sus antiguas responsabilidades sociales hoy estigmatizadas como “no rentables”.

Las propuestas en favor de la descentralización son formuladas tanto en países de organización política unitaria (Chile, Perú, Colombia, Uruguay, Bolivia) como en aquéllos en los cuales el sistema político ha sido, en virtud de la reforma de organización federativa, formalmente descentralizado (Argentina, Brasil, Venezuela).

La reubicación del espacio local, que justifica en la perspectiva neoliberal la descentralización, se combina con variables económicas, políticas y sociales cuya magnitud reviste gran interés político. Entre ellas pueden mencionarse la modificación del mercado laboral, la economía informal, el aumento de la desocupación y el desempleo, la concentración del ingreso y, simultáneamente, el aumento del costo social debido a las políticas de ajuste y a la distribución inequitativa de sus costos al interior de la sociedad.

De ahí que la descentralización sea expresión de un “nuevo modo de acción pública”, en virtud del cual el propio espacio de lo “privado y lo público” tiende a ser redefinido.

En esa perspectiva, la actitud de los gobiernos que asumen la redefinición estatal busca generar un impacto en las nuevas formas de participación y en el debate sobre el espacio político que debe crearse.

La autojustificación de la nueva gestión estatal descansa en que el tiempo político que lo anima no corresponde al del resto de la sociedad, y en que el saber en el cual se suscribe le otorga a las decisiones gubernamentales un carácter desideologizado, lo que le permite al Estado ubicarse por encima de la sociedad.

La modernización para Latinoamérica se convierte en un referente desde el cual se organiza y define el futuro que se busca construir. De esa manera la “modernidad-modernización se constituye en el tema central de actualidad como el signo de los nuevos tiempos”.

Lo que está en juego es una lucha por la redefinición del proyecto anterior, que ya está agotado, y la emergencia de otro para buscar otorgar a los países una identidad política renovadora. Como la plantea Francisco Javier Guerra, es la articulación entre dos mundos: el tradicional y el moderno.¹¹

Finalmente, no es exagerado pensar que vivimos una transición histórica similar a la que se dio en el pasado cuando surgió el Estado moderno europeo, el capitalismo y la ciencia, cuyos efectos transformaron la configuración de las sociedades de Occidente.

Es probable que los recientes cambios tengan que ver con la organización del trabajo, con las tecnologías de comunicación y con la nueva institucionalidad política, pero lo cierto es que la tendencia contemporánea para interpretar los fenómenos sociopolíticos, en términos de riesgo, incertidumbre, caos, e ingobernabilidad, tiene siempre un contenido estructural al que debemos prestar mucha atención.

De hecho, las sociedades van en camino de transformarse en sistemas más complejos (E. Morín) en donde los procesos parecieran autorregularse al margen de lo político. Así, los partidos y las organizaciones sindicales se ven desbordados por la desglobalización e internacionalización de los mercados, la democracia se halla en una fase de reconstrucción y la sociedad se moderniza en la dirección de los países que buscan ingresar en la posmodernidad.

¹¹ Sobre la naturaleza y características del modelo neoliberal y la modernización en América Latina, véase Franz Hinkelammert, *Crítica de la razón utópica*, Ed. DEI, San José, Costa Rica, 1984; Eugenio Tironi “Crisis, desintegración y modernización”, en *Proposiciones*, núm. 18, Ed. Sur, Santiago, 1990, y Norbert Lechner, “El proyecto conservador y la democracia”, en Julio Labastida (coord.), *Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea*, Siglo XXI, México, 1996.

A partir de los años ochenta, Latinoamérica optó por un nuevo paradigma de desarrollo económico, impulso a las exportaciones, integración a la economía mundial, redimensionamiento del Estado y la reforma estructural.

Los programas de reforma estructural buscan modificar las formas tradicionales del funcionamiento de la economía, pretenden redefinir el rol del Estado y otorgar a la sociedad civil un nuevo protagonismo.

Ante el fracaso de la economía centralmente planificada y de las directrices impuestas por los economistas keynesianos, el mundo se mueve hacia la economía de mercado dentro de la cual se asigna al Estado un rol claramente delimitado. De esta manera se hace comprensible, comenta Rafael Montesinos, “cómo la derrota del movimiento sindical se traduce en una ausencia de un proyecto de nación alternativo que contemple sus intereses sectoriales. Por esta razón quedan sin demandas globales y su movimiento se restringe a su condición económica, a lo salarial o estrictamente laboral, mientras lo político se aleja de su práctica social”.¹²

En esas condiciones los individuos se quedan literalmente sin representación política; de allí la tendencia a la apatía, a la confusión y a la desorientación.

El riesgo de esta situación es que la política se despersonalice y la sociedad tienda a hablar más de economía, salud, educación, seguridad pública, medio ambiente y familia, es decir, de contenidos más pragmáticos.¹³

¹² Rafael Montesinos. “Empresarios y el proyecto nacional. Una propuesta desde el poder”, en *Bien común y gobierno*, núm. 22, México, 1996, pp. 33-40.

¹³ Esta problemática es tratada ampliamente por Joaquín J. Brunner, en *Bienvenidos a la modernidad*, Planeta, Santiago de Chile, 1994, pp. 93 y ss.